

PRESENTACIÓN

Al cumplirse los cuatrocientos años del nacimiento, en Fitero, de don Juan de Palafox, los actos y publicaciones en torno a la efemérides se multiplican, en España y México, para analizar y valorar convenientemente su atractiva figura, de la que los últimos estudios señalan, además de su inteligencia, integridad e hiperactividad, una sólida preparación intelectual y una férrea voluntad. El historiador J. I. Israel lo ha calificado, recientemente como «*uno de los hombres más brillantes de su generación... probablemente la figura más interesante, y tal vez la de mayor importancia, de toda la historia del México del siglo XVII*». Su figura resulta rica y polifacética, ya que en ella se dan cita el obispo, el pensador político, el virrey y visitador de Nueva España, el reformador, el fecundo escritor, el poeta, el editor y comentarista de Santa Teresa, el mecenas de las artes y de la música, el protector del indio, el legislador y el asceta. En definitiva, un hombre culto de Estado y de Iglesia.

Con el objetivo de actualizar los estudios sobre su figura y aportar las últimas investigaciones, un grupo de profesores pertenecientes a otras tantas Facultades de la Universidad de Navarra decidimos preparar un Congreso Internacional e Interfacultativo, en el que se diesen cita destacados especialistas en don Juan de Palafox, para abordar su rica personalidad desde los campos de la historia, el pensamiento, la teología, la literatura y el arte. El resultado de las intensas jornadas de los días 13, 14 y 15 de abril de 2000, transcurridas en la Universidad de Navarra y en el monasterio de Fitero, es la presente publicación que ahora presentamos. Estas actas muestran la interdisciplinaria con que se ha afrontado al personaje, en su contexto de la España y la Nueva España del Cuarto de los Felipes.

Desde este lugar nos corresponde mostrar nuestra gratitud, en nombre de los Comités Científico y Ejecutivo del Congreso, a los distinguidos profesores que llegaron desde tierras de México, Roma y de diversas universidades españolas, para hacerse cargo de las distintas ponencias. Sus meritorios trabajos han cumplido, con creces, uno de los grandes objetivos de la celebración del Congreso, que no era otro que el de poner al día los estudios sobre el obispo-*virrey*.

No cabe duda, tras analizar *in extenso* el programa de reforma política en Nueva España la actuación pastoral de don Juan Palafox en Puebla y Osma, que nos encontramos ante un personaje con unas actitudes y aptitudes poco comunes en su siglo. Así se desprende del análisis de su febril actividad en la mayor parte de sus proyectos y encargos de la corona, siempre fiel a dos de sus máximas o directrices en las tareas de gobierno, la primera en que recomienda: «*Imposible es reformar y no padecer, como es imposible el curar y no dar que padecer*» y la segunda, en la que sentencia: «*Los reinos que se gobiernan por remedios y no por prevenciones, van perdidos*».

Como muestra de la excepcionalidad de su figura, baste señalar que en su programa de gobierno para las Indias propugnaba una reducción impositiva que aliviase la situación de los más necesitados, a la vez que defendía la descentralización del poder y abogaba ante el monarca, como verdadero defensor de los indios. Asimismo, encontramos en Palafox a un enemigo acérrimo de la corrupción, que llegaría a escribir al conde de Castrillo, presidente del Consejo de Indias, a fines de los cuarenta, al

comprobar numerosos defectos administrativos y corruptelas, no sin cierto tono profético:

Vuestra Excelencia me dé licencia para decirle que no se perdió Portugal en Portugal, ni Cataluña en Cataluña, sino dentro de Madrid, y ahí se perderán las Indias occidentales, como se han perdido las orientales, porque donde se premian y honran los excesos públicos, allí es donde se levantan los nublados que después vienen a dar sobre los reinos que, a fuerza de pecados, violencia y tiranías, se desunen y apartan de las coronas.

Haciendo gala de su agudeza, derivada de su fina observación, dejó bien claro su juicio sobre la monarquía española de aquellos momentos, calificándola «*como un cuerpo enfermo, rodeado de excelentes médicos, a quien no le faltaban fuerzas de consejo, sino de sangre y calor natural*», agregando, más adelante que «*a España no le hacía falta un bonete más, sino tres o cuatro millones de plata, 20.000 infantes, 6.000 caballos, muchas familias que poblasen sus reinos, mucho comercio que los enriqueciese y una paz constante... y todo ello debería haber estado prevenido en los años antecedentes*». Asimismo y, pese a haber sido captado por el conde-duque, no tuvo empacho en mostrarse contra la fórmula de gobierno del valimiento, al comprobar sus numerosos defectos.

Su labor como pastor de almas y mecenas de las artes y las imágenes y, sobre todo de los pobres y menesterosos, llama, más si cabe, la atención. Baste recordar que fue uno de los escasos prelados y gobernantes españoles que tuvieron que volver de Indias con «*dineros prestados*», por haber invertido todas sus rentas en la catedral y los templos de su diócesis y en la protección de los huérfanos, viudas y desvalidos. Su modelo episcopal fue el mismo que el de otros obispos de la Contrarreforma, San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, al que cita en numerosas ocasiones en sus escritos.

No dejan de ser menos sorprendentes algunas determinaciones y convicciones de don Juan de Palafox que han venido a ser rubricadas, siglos más tarde, por otras decisiones de la Iglesia, o por el propio Concilio Vaticano II, como su convencimiento para que se solicitase a la Santa Sede el dogma de la Inmaculada Concepción, su pensamiento sobre la corresponsabilidad episcopal con motivo de la discusión de los ritos chinos, su actividad para la formación del clero antes y después de la ordenación sacerdotal, su encendida defensa de la universal vocación a la santidad para seglares y religiosos, o su pensamiento sobre el papel de los obispos y el clero secular en la vida de la Iglesia. La utilización de las lenguas vernáculas de su obispado de Puebla en las visitas, la catequesis y la enseñanza en los seminarios por él fundados, la condición de saberlas para ordenarse, así como su asistencia personal a las clases en que se impartían, constituyen otra prueba inequívoca del prelado que tuvo a la formación cristiana como una de sus grandes prioridades. En otras de sus opciones personales, estará especialmente ligado a la doctrina de los Santos Padres, como la determinación mediante un voto de no abandonar su diócesis poblana, por entender que de ese modo estaba más en sintonía con los preceptos eclesiásticos y evangélicos.

Su programa de reformas, en su diócesis poblana, abarcó también a las órdenes religiosas. Precisamente sus críticas hacia algunos religiosos y congregaciones le ocasionaron notables enfrentamientos, al no tener empacho en censurar a quienes no evitaban las posesiones de bienes, riqueza e influencia, ideal que él sustentaba tanto para los mendicantes, como para los jesuitas. Por el contrario, las órdenes eran más ricas y, en muchas regiones, más poderosas que el propio clero diocesano, circunstancia sumamente perjudicial para la Iglesia y asimismo para los laicos, según advirtió a Madrid. Su enfrentamiento con la Compañía de Jesús y la bandera que hicieron de su Causa de Beatificación significados políticos de la España del Siglo de las Luces trajeron como consecuencia dispares valoraciones de su figura, entre

partidarios y detractores. Actualmente, superada en parte toda aquella historiografía, ante la necesidad de la búsqueda de la realidad histórica, y a la luz de rigurosas y modélicas investigaciones, ya contamos con importantes trabajos en torno a Palafox, entre los que es nuestro deseo se incluyan las ponencias del Congreso celebrado en la Universidad de Navarra.

Al cerrar esta presentación, hemos de agradecer a los profesores Ismael Sánchez Bella, Concepción García Gaínza, Agustín González Enciso, Josep Ignasi Saranyana, Joaquín Salcedo y Joaquín Lorda, de los Comités Científico y Ejecutivo del Congreso su labor y dedicación para que el proyecto se convirtiese en realidad. Asimismo es preciso mostrar nuestra gratitud al profesor Angel Luis González, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad y a María Eugenia Barrio, Secretaria de la misma, por su especial sensibilidad con el tema. Del mismo modo, quisiéramos mostrar nuestro reconocimiento a la Institución Príncipe de Viana, del Gobierno de Navarra, por haberse hecho cargo del magno concierto, en el que la Capilla de Música de la Catedral de Pamplona interpretó, por primera vez música novohispana del maestro de capilla de Palafox; a la Sociedad Baños de Fitero, a la Asociación de Amigos del Monasterio de Fitero por su acogida en la jornada de clausura del Congreso y a Serafín Olcoz por haber diseñado una página web sobre don Juan de Palafox. Por último, no podían faltar en este capítulo de agradecimientos la Dirección General de Enseñanza Superior e Investigación Científica del Ministerio de Educación y Cultura, por el patrocinio del Congreso, y de manera especial a don Tomás García-Cuenca, su Director General y a don José Ramón Alique, Subdirector General de Proyectos de Investigación Científica y Técnica. Por último, no podemos olvidar a cuantas autoridades honraron con su presencia las sesiones de trabajo del Congreso y sus actos de apertura y clausura, entre ellos a don José María Bastero, Rector de esta Universidad, don Miguel Sanz Sesma, Presidente del Gobierno de Navarra, don Jorge Fernández Díaz, Secretario de Estado de Universidades, Investigación y Desarrollo, don Jesús Laguna Peña, Consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, a don Juan Ramón Corpas, Director de la Institución Príncipe de Viana, Mons. Carmelo Borobia, obispo de Tarazona y Mons. Francisco Pérez, Obispo de Osma-Soria.

Ricardo Fernández Gracia
Secretario del Congreso
Departamento de Historia del Arte
Universidad de Navarra